

CONTANDO NUBES

NURIA PRADAS



edebé



CONTANDO NUBES

NURIA PRADAS

CONTANDO NUBES



edebé

© Nuria Pradas, 2018

Autora representada por la agencia literaria Sandra Bruna.

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición, septiembre 2018

ISBN: 978-84-683-3524-7

Depósito legal: B. 11988-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Primera parte: En busca de paz	7
Segunda parte: Sombras y luces	69
Tercera parte: Empezando a vivir	129

PRIMERA PARTE

EN BUSCA DE PAZ

Capítulo uno

La abuela se acerca al sofá en el que he aparcado mi maltrecho cuerpo toda la tarde. Me mira con esa mirada suya, tan dulce, tan compasiva, toda ella hecha de tristeza y de preocupación.

Me revuelve el pelo como hacía cuando yo era una niña feliz y siento cómo la pena sube por mi garganta, amenazando seriamente en convertirse, de nuevo, en una cascada de lágrimas. Controlo, como puedo, los latidos de mi corazón y respiro a bocanadas breves y profundas. Sé que esto me ayuda a contenerme.

Ella se sienta a mi lado y yo apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos. No digo nada. Sé que, si intento hablar, la voz me temblará y las lágrimas volverán a asomar a mis ojos, así que pasamos en silencio el resto de la tarde, hasta que por las ventanas solo entra oscuridad y la abuela se levanta para ir a preparar la cena.

Hace una semana que llegué a casa de la abuela.

Cuando en enero salí del hospital, donde pasé casi tres meses y donde me curaron las heridas del cuerpo, papá y mamá me llevaron a casa. Nos dijeron que lo

peor ya había pasado; ahora tendría que ir a rehabilitación para recuperar del todo el movimiento del brazo derecho. Nadie tuvo el detalle de explicarme qué debía hacer para recuperar los latidos de mi corazón, la sonrisa o, simplemente, la paz del alma.

Me encerré en casa, de donde solo salía para ir al hospital. Volver a la vida normal, recuperar mi cotidianidad, aunque todo el mundo se empeñaba en decirme que eso era precisamente lo que debía hacer, me parecía una aberración. Porque... ¿es que queda algo por recuperar cuando alguien tan querido se va? ¿Cómo puede ser que el sol, ahí fuera, siga alumbrando, que la gente siga caminando por la calle, arrastrando sus pérdidas, el recuerdo de los que ya no están? ¿Cómo se hace eso? Simplemente, ¿cómo vuelve uno a vivir?

Encerrada en casa sentí que el tiempo se alargaba, que me envolvía en sus densas espirales vacías y que me empujaba hacia un interminable abismo. Todo me recordaba a David. Estar en mi habitación, donde aún resonaban nuestras risas, me resultaba insoportable. También me agobiaba la compañía de mi familia; me molestaban tanto los silencios respetuosos de papá y mamá, y de Clara, como sus charlas disfrazadas de falsa alegría que no solo no me distraían, sino que ensanchaban aún más el agujero que, día a día, se abría en mi interior. Ellos, llenos de buenas intenciones, intentaban hacerme hablar, romper el silencio en el que me había sumido desde la muerte de David; pero yo hubiera preferido llenarme la boca de chinchetas antes que pronunciar una sola palabra.

Y entonces llegaron las sesiones con el psiquiatra, la medicación, los parches que, con buena intención, aquel médico intentaba ponerle a mi alma y que yo aguantaba porque ya no me quedaban fuerzas para discutir y, mucho menos, para rebelarme.

Sin embargo, aquella farsa era inútil. Lo que me pasaba no tenía arreglo porque yo había perdido a David en un accidente de coche que casi no recordaba. Me faltó muy poco para perder la vida. Lo hubiera preferido.

Había perdido también mi cotidianidad, el curso, los amigos, a los que no quería ver. Sentía que no me quedaba nada, que toda yo era un gran vacío dentro del vacío más grande que David había dejado tras de sí. Y eso los médicos no lo podían arreglar.

Consiguieron que durmiese alguna noche, eso sí. Pero cuando dormía, las más terribles pesadillas asomaban a mis sueños. Y durante los interminables días de ese interminable invierno, sentí muy a menudo que me faltaban el aire y las ganas de vivir.

Ya no me apetecía nada.

O quizá sí...

La primavera llegaba a su fin. Había sido una primavera desnuda de flores, de luz, de calidez, y la proximidad del verano me exasperaba. El verano era sinónimo de vacaciones en el apartamento de la playa, allí donde David y yo nos conocimos. El verano era amor, recuerdos de sal y besos. Y eso era un túnel demasiado estrecho para mí; un túnel que no me veía con ánimo de atravesar. En mi mente se iba formando un plan.

Un día, mientras mi familia comía y yo jugaba con la comida que había en el plato, abrí la boca para manifestar lo único que me apetecía hacer en aquellos momentos:

—Quiero ir al pueblo, a pasar el verano en casa de la abuela Berta.

Mamá me miró con ojos húmedos; papá se frotó la nariz, ahí donde las gafas dejan su señal, como hace siempre que está preocupado. Clarita dejó de comer.

Finalmente, todos, incluso el psiquiatra, reconocieron que era una buena idea que pasara el verano en el campo, con mi abuela, como cuando era niña. Claro que antes tuve que convencerles de mi *casi* estabilidad, de mis progresos, y faltó poco para que tuviera que jurar sobre la Biblia que no dejaría para nada el tratamiento. Incluso acepté pasar por unas cuantas visitas extras.

Hice todo lo que me pidieron. Consentí, prometí y casi cumplí, mientras soñaba en escaparme al pueblo donde, quizá, el recuerdo de David no me perseguiría a todas horas. Donde, quizá, el canto de los grillos, por las noches, me acunaría y conseguiría dormir sin pesadillas.

Claro que ahora ya no estaba el abuelo para llevarnos a pescar y para hacernos reír a mi hermana Clara y a mí con sus geniales historias llenas de aventuras, porque al abuelo también se lo había llevado la muerte hacía unos años. Cuatro, para ser exactos. Murió un año después de que mamá convenciese a papá de comprar aquel apartamento en la costa. A partir de aquel momento, las vacaciones las empezamos a pasar en la playa y nuestras largas estancias en casa de los abuelos, en el

campo, quedaron reducidas a alguna escapada de fin de semana y, después, a nada. Los abuelos seguían viniendo a vernos a la ciudad cada año por Navidad, pero el pueblo quedó encerrado en el baúl de los recuerdos.

Y entonces cambié a mis amigos del pueblo, esos que habían ido creciendo conmigo y con mi hermana, por otros, justo en el momento en que la adolescencia atacaba con fuerza y surgían los primeros amores.

Y cambié los baños en las heladas aguas del río por los cálidos baños de mar; los paseos por el bosque en bici, por las primeras salidas en coche.

Y, después de algunos inocentes amoríos, conocí a David y todo cambió aún más. No me di cuenta en aquel momento de todo lo que dejaba atrás porque estaba demasiado ocupada enamorándome como una loca. No sentí añoranza por el olor a pan recién hecho, ni por las sonrisas de los abuelos, ni por aquellas noches mágicas llenas de estrellas y del canto de los grillos.

Y acaso, hubiera tardado mucho más en sentir esa añoranza por la niñez que duerme en el corazón de los jóvenes y de los adultos si David no se hubiera ido tan de golpe.

Pero se fue.

Y por eso, al llegar el verano, yo deseaba con toda la fuerza de mi maltrecho corazón ir a casa de la abuela. Cambiar mis paisajes. Intentar sofocar mi tristeza.

A principios de junio, con una maleta pequeña, subí al tren y luego al coche de línea.

Cuando por fin llegué al pueblo y vi a la abuela Berta, esperándome, tan erguida aún a sus años, con el pelo blanco y corto, y una sonrisa triste en el rostro, sentí

que la oleada cálida del reencuentro brotaba en mis mejillas y, a la vez, el dolor que me estrujaba el alma se desbordó. Abrazada a la abuela lloré, una vez más, lágrimas de pena, de impotencia. Sí, de impotencia ante la pérdida de David, por no haber podido hacer nada para detener aquel destino fatal. Lágrimas al pensarlo muerto en medio de aquella carretera oscura.

La abuela me abrazó, llorando también, y el calor de su cuerpo, su olor a lavanda, se me metieron dentro y, como el ungüento que de niña aliviaba los arañazos de mi cuerpo, empezaron a aliviar mi corazón.